



LAS HEROIDAS
DE
OVIDIO
EN VERSO CASTELLANO.

ENSAYO

DEL CAPITAN DE INFANTERIA
Don Juan Antonio Suarez.





CACERES: IMPRENTA DE D. LUCAS DE BURGOS.

1835.

Al Esmo Señor Dn Joaqn de Viruez y Spinola: en testimonio de la may. alta consideracion

El autor



ARIADNA A TESEO.

Mas compasivo el sentimiento y blando
Que tú las fieras muestran: fiar en ellas,
Valiera mas que en el que estoy amando.
Desde la misma playa, mis querellas
Te mando, en que sin mí tu nave al viento
Diste, y crudas guiaron las estrellas.
Donde mi perdicion y mi tormento
Hallé en el sueño en que empezó tu olvido
Y fué de tu maldad el instrumento.
Por los primeros hielos, fementido,
Y en hora fué que al alma aurora envia
Su queja el ave oculta en alto nido.

Que lánguida, entre sueños me volvía
Para estrecharte al generoso pecho,
Y el brazo soñolienta te tendía,
Cuando.. ay! no estabas ya: busco.. el estrecho
Tibio lugar atónita visito:
Mas, ¡oh dolor! vacío estaba el lecho.
Huye el sueño al afan, lloro, me agito,
Y del mórvido cuerpo el frio peso
De la desierta cama precipito.
Desesperada á tan fatal suceso,
Hiero el pecho, maldigo mi fortuna,
La tez maltrato y el cabello meso.
Busco á la luz de la argentada luna
En el vasto orizonte tus entenas,
Mas solitario el mar no vi ninguna.
Acá y allá frenética mis penas
Llévanme, y vago huyendo de mi sombra,
Y el leve pié resvala en las arenas.
El ronco acento sin cesar te nombra,
Y al repetir *Teseö*, la voz ruda
De los peñascos cóncavos me asombra.

Y cada acento que despido aguda
Lo repite el lugar con largo ëco,
Como por socorrerme ó darme ayuda.
Hay un monte escarpado, yermo y seco,
Sin árboles ni plantas, y que pronto
Parece al mar va á derrumbarse hueco.
A su alta cima con denuedo monto,
Pues el mismo infortunio me alentaba,
Y desde allí examino el vasto ponto.
El viento contra mí se conjuraba,
Que al fin dí con tus velas enemigas
Que el desatado noto ráudo hinchaba.
Y al verlo, ó al juzgarlo, entre fatigas
Sin sentido, cual nieve ó frio hielo
Quedé, al rigor con que á morir me obligas.
Mas no consiente tregua un hondo duelo,
Corro, me agito, llámote y me embarga
La desesperacion y el desconsuelo.
¿Do ingrato vas? te grito: *no en amarga*
Viudez me dejes, vuelve, torna al puerto,
No lleva tu bajel toda su carga.

Y al faltarme la voz, cruda convierto
La rabia contra mí, y por mis heridas
Manando van las lágrimas que vierto. (1)
Por si acaso no han sido apercibidas
Las altas voces que el dolor sofoca,
Te hacen mis manos señas repetidas.
Y en larga vara pongo de mi toca
Blanca señal que te recuerde, ingrato,
El negro olvido en que morir me toca.
Y al ya no divisarte mi conato,
Al dormido tormento doy soltura
Y el llanto acerbo mísera desato.
¿Qué hicieran en tan triste coyuntura
Mis ojos no teniéndote delante,
Mas que amargos llorar mi desventura?
Ora la trenza esparza, cual bacante
Del furor de Lïeo poseïda,
Grito, y corro, y maldigo al falso amante:
Ora mirando el mar embebecida,
Fria y perpleja me quedé, sentada
Sobre el peñasco, en peña convertida.

Y al lecho corro en pos precipitada
Do tanto me gocé con tu presencia,
Y me vuelvo sin tí desesperada.
Toca, besa tus huellas mi impaciencia,
Y el lienzo blando al corazon estrecho
Que cubrió tu impiedad y mi inocencia.
Caigo de llanto en el bañado lecho,
Y, *éramos dos*, clamábale, *á ocuparte*,
Lleva á los dos, ó muero de despecho.
Dos venimos á tí; ¿por qué á dejarte
Tambien no fuimos dos? donde se oculta?
Do está de entrambos pues la mejor parte?
¡Que me haré! á donde ir sola, si resulta
Que ni el rastro del buey aqui se nota,
Ni del hombre eficaz la mano culta!
Al isla en torno el crudo mar azota
Que intransitado está, y nadie navega,
Sino es que yerra ó pierde la derrota.
Mas supon que piloto y nao me llega
Y hay viento ya: ¿qué rumbo emprendo activa,
Si al pátrio hogar la entrada se me niega?

Aunque el mar aplacado me reciba,
Y me impelan los éuros á mi gusto,
¿Errante no iré siempre y fugitiva?
No permite que vëa el hado injusto
A Creta, insigne por sus cien ciudades,
Y porque asilo fué de Jove augusto.
Me alejaron mis locas liviandades
De ella y mi padre el Rey, que desoyeron
Títulos tan augustos mis maldades;
Cuando mi fé y amor que te creyeron
Diéronte por salvarte aquel seguro
Fatal ovillo que tus pies siguieron.
Cuándo, ¡ay dolor! decias ya perjuro:
Por mis peligros, mientras no concluya
Nuestra existencia, idolatrarte juro.
¿Y ambos viviendo no me llamas tuya,
Si abandonar aqui á la que te amaba,
De haberla muerto no hallas quien te arguya?
Matarme con mi hermano te importaba,
Y la empeñada fé soltado habrias
Al inhumano golpe de tu clava.

Pienso en los tristes venideros dias;
Y de toda olvidada el alma advierte
Como propias las penas y agonías.
A mi abatido espíritu de muerte
Contínuo horror asusta, y lo que tarda
Es lo pëor de mi enemiga suerte.
Temo que el lobo, que mi presa aguarda
El corvo diente en mis entrañas hunda,
Roto el pecho, que ausente ya acobarda.
¿Quién me dirá si habita en la profunda
Selva el lëon, ó tiene entre las rocas
Del isla el tigre su guarida inmunda?
¿Ni quién, si arroja el mar sus crudas focas,
O si vendrá un impío, á cuya daga
La vida entregue por sangrientas bocas?
Funesta esclavitud tal vez me amaga,
Y á mis manos la dueña injurïosa
Hilar quizas los viles copos haga.
A mí, que hija de Mínos fui dichosa
Y del gran Febo nieta, y lo mas grato,
En otro tiempo tu feliz esposa.

Si á la escabrosa tierra y mar dilato
La ansiosa vista, danme crudo enojo,
Cáusanme horror, y de ellos me recato.
Cuando del Cielo á la piedad me acojo,
Me es su influencia aciaga, pues consiente
Séa á las fieras infeliz despojo.
Ni sé si habita este lugar doliente
Colono alguno, que encontrar no anhelo,
Que temo escarmentada á toda gente.
Nunca, Atenas, hubieras por mi duelo
Muerto á mi hermano, que el fatal tributo
Nunca pagara tu ominoso suelo.
Ni la vil clava de Teseö astuto
Crüento fin al Minotauro diera,
De Creta en mengua y de mi casa en luto.
Ni el hilo conductor de mi obtuviera.
El brazo que, ya vuelto en asesino,
Solo en acariciarme se moviera.
Arduo y costoso el triunfo no imagino
Del monstruo que á tus brios se avasalla,
Y en sangre tiñe el gran jardin de Mino:

Muerto lo hubieras sin vestir la malla,
Pues no hundieran sus astas la rudeza
Del pecho tuyo, tu mejor muralla:
Que del diamante y peña la dureza
Se encierra allí, y aliënta en su clausura
Teseö que los vence en aspereza.
Mas; ¡oh sueño cruel! que en desventura
Y en sopor me abismaste! ¿cual no fuiste
Eterno, como ves que es mi ternura?
¡Viento crüel, que tan veloz veniste
Para prestar ayuda á un inhumano!
¿Como en mi llanto y perdicion corriste?
¿Diestra, que á mi dió muerte y á mi hermano,
Falsa fé, aunque jurada, mal cumplida,
Sois nombres todos de sentido vano!
¡Vientos, sueños, y fé en crueldad unida,
Conjurados verdugos de mi suerte,
Tres os juntais contra una sola vida!
¡No veré yo de Madre el llanto fuerte
Que mi inminente fin niega y oculta,
Ni quien cierre mis ojos tras mi muerte!

¡Evolaré á las áuras sombra inulta,
Sin que allegado, con mortal sorpresa
A ungirme venga, escuálida, insepulta!
¡De las marinas aves triste presa
Será el lívido cuerpo, digna hallando
Del amor y el escándalo la huesa!
Mas tu, arribado á feliz puerto, cuando
De tu augusto palacio en el recinto
Al deudo y al amigo estés contando,
Como cayera el Minotauro estinto
Y la intrincada senda penetraste
Del vasto y tortüoso laberinto;
Esplica como infiel me abandonaste,
Pues merezco contarme en los blasones
Que en tan heroica empresa grangëaste.
No son tus padres los que tus razones
Nos dicen, que los mares ser te dieran,
Las peñas ó los bravos aquilones.
Si desde el alta popa ver pudieran
Tus ojos mi dolor y triste aspecto,
A compasivo llanto te movieran.

Contémplame abrazada allá en mi afecto
Al crudo escollo que la mar furiosa
Combate, y que yo estrecho en tu defecto.
La trenza por la frente pavorosa
Vieras, y rota á mi demente impulso,
Tinta en llanto la túnica onerosa.
Tiembla todo mi cuerpo, cual compulso
Campo del ráudo noto, ni el escrito
Puede acabar el agitado pulso.
No las penas ni méritos te cito,
Ya que los olvidaste imperdonable,
Porque premies mi amor que es mi delito: (2)
Sí, porque no me trates cual culpable;
Que aunque causar tus dichas no he podido,
No te merezco fin tan miserable.
La humilde palma al mar embravecido,
Hiriendo el pecho, suplicante estiendo,
A tí, Teseo, á tí que me has querido.
Y el cabello te muestro que el horrendo
Furor perdonar pudo, y por el llanto
Te ruego, que á tu esceso estoy vertiendo,

Vuelvas la nao: te apiade mi quebranto:
Suelta la vela: ven con remos prestos,
Que si muriese desdichada en tanto,
Al menos llevarás mis frios restos.

---

(1) El pentámetro del original espresa uno de aquellos pensamientos, en que se vé sacrificado el buen sentido, al juego de voces de que se vale Ovidio.

(2) El original en la palabra facto, *quiere indicar el auxilio que Ariadna prestó á Teséo, que no he podido traducir, no habièndome satisfecho este verso:*
Porque premies mi auxilio aunque infinito.

